

SAMUEL RAMOS

Nació en Zitácuaro, Mich., el 18 de junio de 1897. Murió en México, D. F., el año de 1959.

Filósofo, historiador. Inició a través de sus estudios una fructuosa interpretación del mexicano. Fue Director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Coordinador de Humanidades de la misma Universidad y maestro auténtico de las nuevas generaciones de pensadores mexicanos.

Publicó varias obras, como *El perfil del hombre y La cultura en México* (1934); *Hacia un nuevo humanismo; Programa de una antropología filosófica* (1940); *Veinte años de educación en México* (1941); *Diego Rivera* (1935); *El caso Strawinsky* (1929); *Historia de la filosofía en México* (1943); *Más allá de la moral de Kant* (1938); *Filosofía de la vida artística* (1950); *Hipótesis, 1924-1927* (1928); *Introducción a la estética* (1944); *El problema del apriori y la experiencia* (1955); *Teoría psicológica de Freud* (1940); y numerosos artículos en diarios y revistas sobre temas educacionales y filosóficos. Tradujo obras importantes para las editoriales mexicanas como la Universidad y el Fondo de Cultura Económica y prologó otras más como la *Antología filosófica* de Antonio Caso. Sus obras completas las empezó a reunir la Universidad Nacional con el fin de publicarlas.

Se han referido a él: José Gaos, *En torno a la filosofía mexicana*, 2 v., México, Porrúa y Obregón, S. A., 1953 (Colección México y lo mexicano, No. 11), T. II; Juan Hernández Luna, *Samuel Ramos. (Su filosofar sobre lo mexicano)*. México, Universidad Nacional de México, 1956, 198 p. (Colección Filosofía y Letras 13); Adela Palacios, *Nuestro Samuel Ramos*. Recopilación Homenaje, México, 1960; Rafael Moreno, en el Estudio Introdutorio a *Hacia un nuevo humanismo*, 2a. ed. México, Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional de México, 1962 (Publicaciones Dianoia); y en una amplia recensión crítica de la filosofía moderna en la Nueva España, en *Estudios de historia de la filosofía en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963; *Homenaje de El Colegio Nacional a Samuel Ramos y José Vasconcelos*, México, D. F., El Colegio Nacional, 1960, 32 p.; Fernando Salmerón en el mismo libro en su capítulo: *Los filósofos mexicanos del siglo XX*. Abelardo Villegas se ha ocupado ampliamente de sus ideas e influencias en *La filosofía de lo mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960; y Leopoldo Zea en *Vasconcelos y Ramos en la filosofía mexicana*, en *Dianoia* 1960, Anuario de Filosofía, México, Fondo de Cultura Económica, 1960. Un reciente estudio acerca de este pensador es el de Gabriel Pérez Rivero, *Samuel Ramos y los problemas nacionales*, México,

D. F., Impresora Juan Pablos, 1965, 183 p. Bastante importante es el estudio de Juan Hernández Luna que precede a los *Estudios de estética. Biografía, recopilación y clasificación de...* México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1963, 302 p. También Antonio Caso, *Ramos y yo; un ensayo de valoración personal*, México, Cultura, 1927, 30 p. Miguel Angel Cevallos, *La insinceridad de Samuel Ramos*, México, Cultura [s.a.], 15 p. Agustín Basave y Fernández del Valle, *Samuel Ramos, filosofía y antología de textos*, Monterrey N. L., Universidad de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos (1965), 333 p.

Fuente: Samuel Ramos. *El perfil del hombre y la cultura en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963. 202 p. (Publicaciones de la Coordinación de Humanidades), p. 57-66.

LA INFLUENCIA DE FRANCIA EN EL SIGLO XIX

Después de haber señalado los males causados por la imitación, ocurre preguntarse si su reiterado ejercicio no habrá beneficiado, al cabo de los años, a la cultura mexicana. Por su naturaleza misma, la imitación ha reproducido siempre las formas externas de la cultura, poniendo en contacto dos superficies: la del espíritu y la de la cultura. Pero ¿no habrá llegado alguna vez el individuo hasta los principios básicos en que se apoya la cultura? Y a su vez, ¿ésta no habrá penetrado hasta el centro del alma mexicana? Es indudable que ambas cosas han sucedido. El tipo de hombre que se adueña de la situación en el siglo pasado, es el mestizo. Su pasión favorita es la política. La norma de su actividad es la imitación irreflexiva. El país que admira con entusiasmo, es Francia, a la que considera como el arquetipo de la civilización moderna. Cuando lo que interesa reproducir de ésta es objeto de una intensa pasión, se incorpora sustancialmente en el alma por efecto de la alta temperatura afectiva. Francia llamó la atención de los mexicanos por sus ideas políticas, a través de las cuales el interés se generaliza a toda la cultura francesa. La pasión política actuó en la asimilación de esta cultura, del mismo modo que antes la pasión religiosa en la asimilación de la cultura española. Lo que comenzó por ser un sacrificio externo, se convirtió en una segunda naturaleza. Lo artificial en nuestra historia, sin duda que está condicionado por algo que no es artificial. Francia no era en el siglo XIX el país más avanzado en política. El lugar de vanguardia lo ocupaba

Inglaterra. ¿Por qué entonces los mexicanos eligieron a Francia como modelo? Si no hubiera existido una predisposición psíquica en el mexicano para comprender la cultura francesa, no se hubiera despertado por ella interés de ninguna especie. ¿Y cuáles son esas afinidades entre el mexicano y el francés? El espíritu revolucionario de Francia ofrece a la juventud avanzada de México los principios necesarios para combatir el pasado. Contra la opresión política, el liberalismo; contra el Estado monárquico, la república democrática; contra el clericalismo, el jacobinismo y el laicismo. El grupo más inteligente y activo de la sociedad mexicana se propone utilizar la ideología francesa como arma para destruir las viejas instituciones.

Durante el reinado de Carlos III en España, las colonias americanas recibieron algunos beneficios. Comunicaciones rápidas para las transacciones comerciales, a las que se debe también la penetración de algunas ideas nuevas. El rey Carlos III fomentó la educación elemental y superior en México. Florecieron entonces los colegios oficiales y particulares, entre éstos el de San Francisco de Sales en San Miguel el Grande, que, dirigido por un distinguido filósofo, el doctor Gamarra, tenía "un plan de estudios al nivel de los seguidos en Europa en los establecimientos de más nombradía, y este plantel fue el primero en México en donde se dio un curso completo de Filosofía moderna, relegando al olvido la aristotélica para reemplazarla por la cartesiana. Este precursor ideológico de nuestra emancipación exhortó a la juventud de aquella época con ardoroso estilo a dedicarse al estudio de las matemáticas como base de una educación científica; y con la publicación de su notabilísima obra *Errores del entendimiento humano*, combatió los vicios y las preocupaciones sociales de aquel entonces y marcó la senda que seguirían más tarde el «Pensador mexicano» y el «Payo de Rosario». En esta obra de preparación y de transformación social, imposible olvidar a los jesuitas criollos: Clavijero, Abad, Alegre, Guevara y tantos otros, que en los colegios de la Compañía esparcían las nuevas ideas para disponer el advenimiento de la independencia". Este magno acontecimiento de nuestra historia fue, pues, preparado por los "intelectuales" de la Nueva España, que eran casi siempre clérigos. El Real y Pontificio Seminario de México fue un foco de instrucción. Un seminarista, Pastor Morales, fue procesado en la Inquisición por su devoción a los enciclopedistas fran-

ceses. Son curiosos algunos pasajes del extracto del proceso, citados en la obra antes mencionada, y que nos permitimos transcribir: "Cierta sujeto natural de esta América, como de 25 años de edad, colegial en los colegios de esta corte, ha estudiado la filosofía moderna y sagrada teología, en que ha salido aventajado por su sobresaliente talento; es entregado a los poetas latinos, con particularidad a Terencio, Horacio y Metastasio y otros libros franceses modernos de cuya lectura tomó sumo gusto, y tedio a las materias escolásticas de teología y también lo ha precipitado a pensar y hablar con libertad y abandono; se tiene por singular, erudito y culto, y es de un profundo silencio y suave elocuencia; ha dicho y hecho lo siguiente:

"1o. Este sujeto se ha manifestado, en muchas conversaciones, apasionado de los franceses, principalmente en puntos de libertad e independencia, defendiendo y aprobando el sistema republicano y la muerte de Luis XVI, rey de Francia y ha dicho también, hablando de la autoridad de los pueblos, que cuando el rey no cumple, su gobierno era el más inútil para la felicidad de los pueblos, en cuyo caso defiende la autoridad de los pueblos . . ." Se le acusa, además, de la lectura de libros prohibidos y profesión de los principios de los nuevos filósofos liberales, como Voltaire, Rousseau y D'Alembert. Hay una multitud de casos semejantes a éste, que es bastante para ilustrar de un modo típico el papel de los sentimientos en el afrancesamiento de nuestro espíritu.

La comprensión rápida de las ideas francesas en México proviene, además, de que en nuestro país y Francia existe la afinidad del espíritu latino. México se latiniza por la doble influencia de la Iglesia Católica y la legislación romana. Los estudios que pueden hacerse durante la Colonia en colegios y universidades, se agrupan alrededor de tres disciplinas fundamentales: La Filosofía, la Teología y el Derecho. Y entre las profesiones liberales no cabe elección más que entre estas dos: la de cura o la de abogado. Desde aquel tiempo, el personaje más autorizado ante el pueblo, después del cura, es el abogado, o "licenciado", como se le llama en México. La ley adquiere entonces el prestigio de un fetiche intocable; pero como la movilidad de la vida no se deja apresar dentro de fórmulas rígidas, rompe a cada momento la legalidad, dando la impresión de una conducta incongruente. Este rasgo no es exclusivo de la vida mexicana, sino general a toda la América

Latina, como puede apreciarse leyendo el siguiente pasaje de un conocido escritor francés: “Nunca he oído hablar tanto de Constitución —dice André Siegfried— como en esos países en donde la Constitución se viola todos los días. Eminentes juristas discuten seria y concienzudamente la significación de los textos de los cuales los políticos se burlan, y si uno sonríe, los doctores apuntan con el dedo los artículos que son la garantía del derecho. La ley no tiene majestad sino en las palabras.”

Nuestra raza ha adquirido todas las cualidades y defectos del espíritu latino. F. García Calderón, el Tocqueville de la América Latina, como le llama André Siegfried, se pregunta en uno de los más interesantes capítulos de su libro, si los americanos somos de raza latina, y se contesta afirmativamente. “Las cualidades y defectos del espíritu clásico se revelan en la vida americana: el idealismo tenaz que desdeña a menudo la conquista de lo útil, las ideas de humanidad, de igualdad, de universalidad, no obstante la variedad de razas, el culto de la forma, la vivacidad y la inestabilidad latinas, la fe en las ideas puras y en los dogmas políticos, se encuentran en estas tierras de ultramar al lado de la inteligencia brillante y superficial, del jacobinismo y de la facilidad oratoria. El entusiasmo y el optimismo son también cualidades iberoamericanas.

“Estas repúblicas no están al abrigo de ninguna de las debilidades ordinarias a las razas latinas. El Estado es omnipotente, las profesiones liberales están excesivamente desarrolladas, el poder de la burocracia se hace inquietante. El carácter de sus ciudadanos es débil, inferior a su imaginación y a su inteligencia; las ideas de unión, el espíritu de solidaridad luchan contra la indisciplina innata de la raza. Falta la vida interior a estos hombres dominados por las sollicitaciones del exterior, por el tumulto de la política; no se encuentra entre ellos ni grandes líricos ni grandes místicos. Frente a las realidades vulgares, ellos levantan su individualismo exasperado.”

LA CULTURA FRANCESA

La cultura francesa representa, en los tiempos modernos, la supervivencia del espíritu clásico. Ella se ha formado con los extractos más sutiles de Grecia, Roma, y la Italia del Renacimiento, cuya tradición prolonga hasta nuestros días. El

conocimiento de esa cultura en sus lineamientos esenciales nos ayudará a comprender la atracción que Francia ha ejercido sobre la América hispana. Francia adquirió su fisonomía latina en el tiempo que media entre César y Carlo Magno. Se produjo entonces un proceso de romanización del espíritu galo. Cuando los francos invadieron la Galia bajo Clovis, como no tenían nada que oponer a la cultura galorromana, se adaptaron a ella y la asimilaron. "Si la conquista de César tuvo por consecuencia la romanización de la Galia, la conquista de Clovis provocó una romanización de los francos." La historia posterior de la cultura francesa no hace sino proseguir en el mismo sentido el proceso de asimilación del espíritu latino.

Los atributos que constituyen la esencia de la cultura francesa adquieren sus contornos definitivos en el "gran siglo" alrededor de la figura deslumbrante de Luis XIV. De entonces data el clasicismo francés, que no es un estilo de imitación. En el arte, la arquitectura, la poesía, el arte de los jardines, se manifiesta la misma tendencia estética de dominar los desbordamientos de la fantasía dentro de normas racionales. Así aparece el rasgo característico de la cultura francesa, que consiste, según Curtius, en hacer obra universal en medio de las realidades nacionales y a través de ellas. Es la tradición latina la que ha impreso en aquella cultura su racionalismo, su precisión formal, su ordenamiento lógico, su universalidad.

El acervo cultural de Francia no está compuesto por visiones geniales del mundo, que superan el nivel de la comprensión común. Francia, dice Curtius, es una *terre du milieu*. "Lo que la distingue no es ni la altura de una inspiración constantemente mantenida en las cimas, ni la profundidad de su sentimiento cósmico. Es el equilibrio armonioso que sabe establecer entre las regiones templadas del espíritu." La cultura francesa contiene un tipo medio de valores que todo francés puede considerar como suyos, y participar de ellos. Solamente que el francés no concibe su cultura *francesa*, sino como una cultura universal, destinada a todos los hombres. Al subrayar este rasgo, se hace claro que la penetración de la cultura francesa en México obedece también a cierto impulso de propaganda que es inherente a ella misma, y que, por otra parte, encontró en nuestro país un terreno propicio.

Como la cultura francesa no se sale fuera de lo ordinario y se ha formado como continuación del humanismo del Rena-

cimiento es, entre las culturas modernas, la de contenido más humano, y su literatura, por ejemplo, es un "discurso continuo sobre el hombre". Para un francés, la palabra cultura no connota solamente obras espirituales, sino cierto ordenamiento de la vida entera dentro de normas racionales. La cultura puede encontrarse también en los más humildes actos del hombre, como la comida, la conversación, el amor, etc.

Del sentido "humanista" de la cultura francesa se deriva cierto valor "útil" que estriba en la posibilidad de ser aplicada a servir prácticamente al hombre. Esta "utilidad" es una de las virtudes que la han hecho atractiva para los hispanoamericanos. Se ha dicho con verdad que en la América hispana sólo se arraigan las ideas que tengan una posible aplicación política o social. Recordemos a este respecto el caso del positivismo, que se aclimata en México por su valor político, como una teoría favorable al liberalismo y jacobinismo. Ciertas "afinidades electivas" de los mexicanos se explicarán si comparamos lo anterior con el siguiente pasaje de Curtius referente a la filosofía: "La mayoría de la nación francesa no se ha interesado por la filosofía hasta el día en que ésta, abandonando el terreno de la abstracción pura, se ha presentado como un conjunto de conocimientos que tienen por objeto la vida humana y el mundo, como palanca favorable a la emancipación política, como anuncio de formas sociales nuevas; en fin, como una aliada de la ciencia."

El conde de Keyserling ha publicado recientemente un volumen farragoso, las *Meditaciones sudamericanas*, en donde encontramos muy buenas observaciones sobre el carácter y la vida hispanoamericanos, obscurecidas por una nube de fantasías metafísicas. El extracto valioso del libro, exento de la escoria con que el autor lo ha hinchado inútilmente, se encuentra en un pequeño artículo que con el título de "Perspectivas sudamericanas" se publicó antes de las *Meditaciones* en la revista argentina *Sur*. Debemos entender la palabra "sudamericano" en el sentido europeo, que incluye a todos los países que están al sur de los Estados Unidos. El mismo Keyserling, en las *Meditaciones*, alude frecuentemente a México, de suerte que estamos autorizados a considerar que las ideas del filósofo alemán son válidas también para nuestro país. Observa Keyserling que lo que caracteriza la atmósfera psíquica de Sudamérica es "la síntesis de lo primordial y lo refinado". Aquí, esta idea nos importa solamente por la relación que guarda

con nuestro tema de la cultura francesa. Ella nos hace comprender lo aparentemente inexplicable. Que países recién llegados a la civilización sean sensibles a un estilo de tonos delicados, que para formarse ha requerido un largo proceso histórico en Francia. Pero es verdad que el hispanoamericano, sobre todo el habitante de las mesetas, tiene el refinamiento apuntado por Keyserling, y por eso ha podido captar el sentido de los matices que es propio de la forma artística francesa. Y existe también, en el estilo más moderno de ésta, una sensualidad, tal vez de origen mediterráneo, que se acomoda fácilmente con nuestra sensualidad tropical.

No obstante que en el curso del siglo XIX se hace sentir en la vida americana la influencia sajona, puede aseverarse que el esfuerzo de los mexicanos por adquirir una cultura científica, artística, filosófica y literaria, se encuentra bajo el signo de Francia. La máxima ascensión de este influjo espiritual se registra durante la era porfiriana, en que las clases cultas vestían a la moda de París, seguían sus buenas y malas costumbres; los "científicos" y los ricos que no lo eran, al construir sus casas ponían en el remate una mansarda, aunque en México nunca caiga nieve. El conocimiento de la lengua francesa era condición *sine qua non* para ser clasificado como persona culta. La saturación de la atmósfera mexicana de ideas francesas, hasta impedir la visión de las realidades vernáculas, provoca una fuerte reacción en la que se expresa la inconformidad mexicana por el predominio de la cultura europea.